

❶ ¡Ojalá las madres conozcan bien las ideas de sus pequeños filósofos! Nuestro ilustre autor, además, sabe explicar sencillamente lo esencial de la pedagogía clásica. ❷ Pero, ahora que todo es didáctica –saber el cómo sin pararse mucho en el qué– nos tememos que en eso de ser padres no hay más herramienta que la experiencia propia...

## ❶ Una entrevista a la madre de Sócrates

Gregorio Iriarte (Cochabamba, Bolivia)

**P**resurosos por las calles de Atenas, Hermes y yo, fuimos decididos a visitar a la madre de Sócrates. ¡Tantas veces le habíamos oído que su método se parecía al oficio de su madre! Los sofistas, llenos de envidia, le preguntaban con ironía: ¿acaso tú eres filósofo o educador? Y él respondía: “soy como mi madre”.

Llegamos hasta la casa de la señora Fainarete. Nos recibió una mujer de unos 50 años, sonriente y llena de vida.

—¿Vd. es la madre de nuestro maestro?

—Claro que sí, y con enorme satisfacción.

—Algunas preguntas nos inquietan.

—Me las imagino. Por lo que dice mi hijo, muchos me preguntan por mi oficio. Soy partera, comadrona (y me gusta más decir “co-madre”). Ayudo a muchas en el trance del alumbramiento.

—¿Y usted ve la relación entre el método de su hijo y su profesión?, preguntamos curiosos.

—Claro que sí, nos contestó. Hay mucha semejanza; sólo que mi hijo le da a mi oficio un sentido pedagógico. Muchas veces me lo ha explicado, porque es un gran conversador, aunque original: plantea más preguntas que respuestas y cuestiona cada respuesta mía con otra pregunta.

—¿Por qué lo hace? le volvimos a preguntar.

Alagada con nuestra visita, nos contestó en tono reposado y seguro: “Porque para Sócrates el conocimiento no está fuera, sino dentro de cada uno. La verdad la llevamos adentro y el verdadero educador hace tomar conciencia de ello. La educación no

es un proceso de afuera para adentro, sino al revés”.

—¿Cómo define usted la misión de un educador, señora?

Y con admirable dominio del tema nos dijo: “Según mi hijo, un educador es un excelente partero porque ayuda a que las potencialidades del alumno se hagan realidad. Por eso no es el protagonista, sino mero colaborador, facilitador del parto; como yo, que no soy la madre, sino una ayuda en el momento de parir”.

—¿Potencialidades? ¿nos lo puede aclarar?

—¿Cómo no? Mi hijo me explica que en una semilla, en un grano de trigo o de maíz, están como dormidas grandes posibilidades de producción; en una tierra adecuada germinarán y darán mucho fruto. Tenían muchas *potencialidades*. En cualquier alumno permanece dormida una enorme cantidad de ellas que, si se activan, pueden hacer del niño un sabio, un artista, un investigador... El auténtico educador no hace más que poner en marcha algunas condiciones externas, porque, en realidad, cada uno es el maestro de sí mismo, el sujeto, el protagonista, el actor...

—Otra pregunta, señora: ¿ve usted mucha diferencia entre su hijo y los sofistas?

—Sí, muy grande. Sócrates insiste en la capacidad real del alumno y, en cambio, los sofistas, en la competencia del maestro. Para ellos lo principal es lo que se recibe, pero Sócrates estimula los valores internos. A eso lo llama “mayeréutica,” es decir, “ayudar a dar a luz las ideas”. Ellos



transmiten conocimientos y Sócrates prefiere el desarrollo personal.

Nos despedimos con gratitud de la señora Fainarete y, luego, revisamos las consecuencias de ambos métodos por ver cuál transforma más la realidad y al propio

alumno. Si el protagonista es el maestro, los alumnos, en el mejor de los casos, son receptivos. El riesgo es enfatizar la repetición del maestro y del texto y, lo peor de todo, que las notas excelentes son para los que repiten con mayor exactitud...

El método socrático fue una de las causas determinantes de que surgieran en Grecia tantas figuras eminentes en las ciencias y en las artes... Nuestro sistema educativo ¿prepara para el examen, el cartón y el título... o para la vida?



## 2 De dos en dos

*José Luis Veredas (SA)*

Tenemos dos hijos. La parejita.

Nacieron en esos tiempos en los que campaba por sus anchas la moda de poner a los hijos nombres, digamos, singulares.

Aquellos tiempos en que los naturalistas llamaban a sus vástagos Jara, Sabina o Endrino.

Mis hijos se llaman Cuchillodepalo, el muchacho y Talastilla, la chica.

Yo siempre fui un tipo refranero. Ya se sabe “hombre refranero, hombre porculero”. Por ahí, por ahí mismo me han venido a mi dadas las “bromitas” con los nombres de mis hijos. El destino también debe ser refranero: “donde las dan, las toman”.

Yo soy maestro, o profesor, o mitad y mitad. Ya va para el cuarto de siglo que doy clases en efepe. He dado matemáticas, lengua, sociales,

naturales, física, química, dibujo, contabilidad, viverismo, organización de empresas, formación y orientación laboral, relaciones en el entorno de trabajo, sanidad vegetal, botánica, riegos, suelos, climatología, ecología. Esto no es una lista para exponer mis vastos conocimientos. Al contrario deja bien a las claras que básicamente no sé casi nada de ningún tema. ¡A ver quién es el guapo!

Sin embargo, no se me viene dando nada mal dar clase a los jovencitos.

Tengo y he aprendido ciertas mañas para tratar a los adolescentes, para lograr esa distancia que me permite ser próximo a ellos sin dejar de ser quien soy, su profe; cierto trato que hace que con facilidad nos abramos y nos oigamos y escuchemos y entendamos y, en algunos momentos, hasta nos hagamos caso.

Y ya no hablo, claro está, de contenidos académicos.

Vamos, que siempre se me ha dado bien la formación de jóvenes. Hasta muy bien. Y mejor aún se me ha dado el trabajo con aquellos que llevan mal, muy mal, los estudios.

Hasta el punto que casi casi he creído que de eso yo sé y hasta podría dar algunas pistas a otros profesores y maestros.

Mi hijo, el mayor, el muchacho, es un niño excelente, aunque esté feo que yo lo diga. Ordenado, capaz, autónomo, correcto, reflexivo, disciplinado, inteligente, limpio, con magnífico y pelín agrio sentido del humor, responsable, humilde, obediente. Los resultados en los estudios notables.

Palabra. Todo lo que digo es verídico y demostrable. Todo menos el tiempo del verbo: “es un niño excelente”.